

# Mirar el aire

Arnoldo Kraus

*En este cuento, Arnoldo Kraus compone un contrapunto que parece disolver las fronteras entre ficción y realidad. El viento que atraviesa las páginas de un libro mece los árboles que rodean a su lector.*

Una ráfaga de aire volteó la página del libro que leía. Regresé a ella sosteniéndola con la mano izquierda, con un poco de fuerza, la suficiente para leer sin doblarla. Deslicé la mirada sobre las últimas palabras. No las subrayé. Las leí y releí siguiendo el vaivén de mi mano acompañada por un lápiz grueso, color rojo, sin goma. El aire soplaba con fuerza. La tenue brisa que mecía las hojas de los árboles vecinos había desaparecido. La brisa se había transformado en viento. Ese día leía un breve relato acerca de las vicisitudes de dos personas enterradas en un panteón.

Como suele suceder con la mayoría de los muertos, los del cuento, a pesar de vivir en un cuento, poco hablaban. No hablar, y sobre todo, no tener que escuchar conversaciones absurdas, no deseadas, es una ventaja de la muerte. El nuevo inquilino del cementerio, Emilio, tenía algunas dudas acerca del aire. Ésa fue la razón por la cual interrumpió el sueño de Ramón. Mientras resguardo mi libro y mi cuaderno del viento, en el cuento se habla acerca del aire. Curiosa sincronía, me digo.

La cafetería donde leía era muy acogedora. La mayoría de las veces me sentaba afuera; el aire tenue, los árboles, el vaivén de la gente mientras camina, la niña feliz con su nuevo perro-cachorro y la posibilidad de fumar eran argumentos suficientes para no instalarme adentro. Mirar hacia la nada o leer en ese lugar era un regalo de la vida. Casi nunca el viento entorpecía la lectura o la escritura.

Cuando la brisa se transformaba en viento era necesario cuidar los enseres depositados en la mesa; en ocasiones, las servilletas, los papeles de notas, la ceniza del puro o el estuche de lentes volaban. Acomodar o proteger las cosas colocadas sobre la mesa para evitar que se desperdigasen solía ser suficiente. “Todo es cuestión de ingenio”, solía decir, con razón, el alumno más burro

de la clase. Con la ayuda de algunos objetos, piedras, ceniceros o llaves, el cuaderno y el libro no se cerraban. Cuando el viento arreciaba, buscaba algún resguardo para encender mi puro. Todo tenía solución. Sólo en dos ocasiones tuve que meterme a la cafetería.

La atmósfera que rodeaba a la cafetería era muy agradable. Invitaba. Árboles, pocos transeúntes, aire fresco, mesas amplias y sillas cómodas. Como la cafetería estaba lejos de mis rumbos, era infrecuente encontrar conocidos. No era menester, por lo tanto, conversar con quien no se desea conversar. A la hora que acudía había pocas personas; la mesera que me atendía era amable y eficiente. Sin preguntar me servía un café *express* doble y agua mineral.

Desde hace años acudía una o dos veces por semana. Ahí encontraba paz. Ahí lograba tocar mis escritos o empaparme de literatura. Ahí, le decía a un amigo, habitan las musas. Fue en ese sitio donde comprendí el valor del silencio y el placer de instalarse en la nada. Ahí aprendí a mirar el aire. En sus mesas escribí unas cuantas líneas acerca de su semejanza con la nada. Del aire envidio su desnudez —nunca se cubre—, y su espíritu —viaja sin cesar, de Sur a Norte, de día y de noche. De la nada aprecio su mutismo —nunca habla, sólo escucha—, y sus puertas abiertas: instalarse en ella permite instalarse dentro de uno mismo.

Abrir el libro, estirar el cuaderno, agregar las notas borrosas escritas en alguno de los papelititos que siempre cargaba y afilar el lápiz eran, más que un rito, un anzuelo: la inspiración fluía conforme preparaba el escenario. El viento incomodaba un poco y exigía algunos malabarismos pero no molestaba. Leer y escribir en las cafeterías donde se habla en voz baja es un gran placer. Para mí también era un oficio. Las mesas de mi cafetería servían para escribir, no para otra cosa. Aunque per-

manecía ahí tres o cuatro horas siempre quería pasar en ella un rato más. Cuando se corrigen escritos el tiempo nunca es suficiente.

El viento había cambiado la página donde leía. No tardé en encontrarla. En la previa había subrayado unas líneas. Me detuve un momento en el último párrafo. Encendí el puro y leí (me leí) en voz alta:

—¿De dónde viene el aire?, preguntó el muerto más joven del panteón. Emilio llevaba sólo una noche y unas cuantas horas en su tumba. Lo habían sepultado el día previo. Había muerto contra su voluntad y en contra de sus planes. Era un muerto similar a la mayoría. Casi nadie desea desaparecer. La mayoría de los vivos premuertos aducen argumentos lógicos: es imposible saber si es mejor convertirse en muerto o seguir perviviendo aunque predomine la desdicha. Ese dilema es un dilema de los vivos. Ni los muertos ni el aire tienen que afrontar esa ríspida cuestión: ambos son infinitos.

Las libretas de Emilio, apiladas en el escritorio y en el sillón vecino eran testigos mudos de sus planes. Las páginas rebozaban ideas y reflexiones. Emilio hubiese tenido que vivir muchas vidas para darles forma a las primeras veinte páginas de la libreta en la cual escribía antes de morir. Su obsesión por escribir era infinita. Anotaba, en su libreta, frases, palabras nuevas y notas sobre las lecturas del día; poco importaba el sitio, la hora, o la compañía. Él escribía. Tampoco importaba lo que sucedería después. Todos los días la libreta se engrosaba con nuevas entradas. Algunas vagas, otras elaboradas. La última era una pregunta: “¿De dónde viene el aire?”.

Las ideas nuevas aplazaban los trabajos iniciados. Incontables ensayos, artículos y poesías aguardaban el punto final. La competencia entre lo nuevo y lo viejo era desleal: siempre lo nuevo parecía mejor.

—Emilio: El viento que ahora escuchas nace de los cipreses del panteón. Sopla con más vigor cuando se colma de aves. Pronto, en unos dos meses, le dijo Ramón, oirás un canto diferente, un canto que recuerda la melancolía de los vivos. Seguramente sabes de lo que hablo pues llevas poco tiempo muerto. Intuyo tu tristeza, tu dolor por haber dejado el otro mundo. Pronto encontrarás paz. Pronto comprenderás: al igual que el viento, la muerte nunca finaliza.

Ramón era uno de los cadáveres más viejos y más sabios del panteón. Vivía en él desde hace muchos lustros. Quizás ocho, quizá veinte, quizá quinientos. Su padre escribía cuentos para él mismo. Nunca los publicaba. En ocasiones se los leía a Ramón. Escribió acerca del aire: “Viajar en el aire y transformarse en viento. Soñar con sus ojos hasta mirar lo que él ve. Ser aire, ser como la muerte: infinito”.

Por azar o por destino, poco importa, Ramón recibía a la mayoría de los nuevos inquilinos. No se entrometía con ellos. Era muy respetuoso. Sólo contestaba



Cementerio de Praga

sus preguntas e intentaba aclarar sus dudas. Su memoria, a diferencia de lo que le sucedía cuando tenía que ubicarse en el tiempo, no se había deteriorado. Sufría una alteración neurológica no descrita. Nadie entendía por qué en el prodigioso cajón de su memoria no existía un espacio para el tiempo.

En los *Anales del olvido* no había ningún capítulo dedicado a la disociación entre memoria conservada e incapacidad para instalarse en el tiempo tal y como le sucedía a Ramón. Había unas cuantas líneas donde se sugería que tal anomalía sólo podría ocurrir cuando el alma de una persona muerta regresase a su cuerpo. Ése era el caso de Ramón.

Ramón ignoraba todas las fechas, incluso las obvias; no recordaba ni el día, ni el mes, ni el año de su nacimiento; tampoco sabía el año en el cual había muerto y menos la fecha en la cual vivía. Recordaba, sin embargo, con detalle, infinidad de sucesos. Recordaba las caras de sus padres, de sus hijos, de sus amigos. Podía describir con precisión los pormenores (no todos) de la casa, de la escuela y de las calles por las cuales deambulaba cuando niño. Lo mismo le sucedía con los libros. De muchos recordaba pasajes completos e incluso las páginas donde había leído algunas ideas que luego formarían parte de su inventario. “El mundo entero es un escenario, pero llega un momento en que uno prefiere ser real y estar en casa”.

—¿Esa idea es tuya? —preguntó Emilio.

—No —respondió Ramón. Es de Arthur Miller. Siempre fui aficionado a su obra; a pesar de mi condición de muerto, sus relatos me siguen entusiasmando. Leí esa idea en el prólogo del libro *Ya no te necesito*, un hermoso compendio de relatos. Seguramente Miller pensaba que la cortedad de los relatos no puede convivir con la irrealidad. La realidad es corta; la irrealidad es infinita.

—En los cementerios, ¿quiénes son reales: los vivos o los muertos?

—En mi caso, a partir de mi muerte, el juego entre la efímera realidad, y la inabarcable irrealidad me ha sentido bien. Mi obstinación hacia la realidad me dañaba. Era tal mi locura que en un tiempo, cuando estudiaba en la Universidad, había ideado, con mis amigos, un plan para disecar el aire. Ahora que estoy muerto, mi nueva y eterna realidad me ha revitalizado y me ha aligerado. El panteón es una gran casa. Aquí entendí el arte de escuchar el canto del aire. Aquí me enseñaron los muertos viejos a descifrar las voces y los mensajes del viento. Aquí no hay ni escenarios ni disfraces: no es necesario disecar nada. Todo es real. En el cementerio no hay dobles lenguajes —concluyó Ramón.

Emilio recordó haber leído algunos cuentos de Arthur Miller. Recordó, asimismo, el día cuando transcribió en alguna de sus libretas las reflexiones de Miller acerca del oficio de escribir relatos: "...pero en la vida, como en el relato, el lugar mismo y las cosas vistas, el estado de ánimo momentáneo, el vuelo errante de la percepción que no conduce a ninguna parte, todo ello puede manifestarse y tener valor". Después de una pausa y tras acomodarse en su tumba Emilio pensó: en la vida el aire es invisible, en el relato, y en la muerte, el mismo aire es tangible.

—¿Sabes Emilio?, en la vida muchas cosas, aunque estén, no se ven. En cambio, en los panteones, sobre todo en las noches, aprendes a escuchar y a mirar (casi) todo; las cosas nimias dejan de serlo, los eventos aparentemente desapercibidos se vuelven tangibles. Cuando se piensa que nada sucede todo sucede. La nada se convierte en majestad. "La nada" es un espacio desdeñado por los seres humanos vivos. Los seres humanos muertos la apreciamos: en ella pasa casi todo. El aire es un ejemplo. Por ser intangible poco reflexionan los vivos acerca de él. Aquí aprendemos a quererle. El aire siempre nos visita. Con el tiempo interpretas su lenguaje.

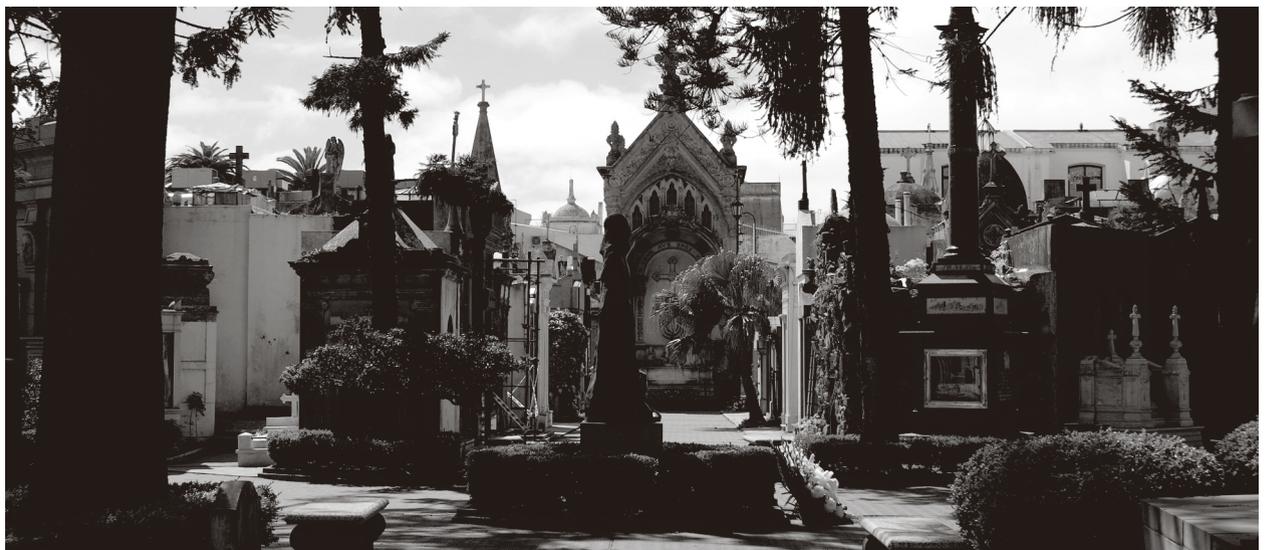
En las noches de luna llena puedes hablar con él. Entiendes lo que dice e identificas las voces que transporta. Su murmullo es infinito. Su sabiduría también.

Después de algunas noches llegó al cementerio el viento nuevo, el viento del cual le habló Ramón a Emilio durante su primera noche como inquilino del panteón. Esta vez el viento llevaba consigo un murmullo triste. Un murmullo que portaba el tintineo de hojas frescas recién arrancadas de sus tallos y el crujir de ramas secas, muertas y olvidadas; algunas motas de polen acompañaban y agregaban otras tonalidades al nuevo viento. Las notas del aire recordaban el sabor de la melancolía.

—Ese murmullo —dijo Ramón— es triste. Lleva consigo el diálogo entre las hojas, las ramas y el canto de las aves desplazadas de sus tierras. Cuando los cipreses son talados, los mirlos migran desde el Sur y hacen de nuestros cipreses su casa. Ése es el viento que escuchas. Ese aire es parte del alma de los cipreses que avivan el panteón y nos acompañan a partir del momento cuando somos enterrados.

El viento en las afueras de la cafetería sopla con más fuerza. Algunas de las hojas donde escribo han volado. El viento ha cambiado la página del libro incontables veces. El puro y mi lápiz están bajo la mesa. Mientras corro tras mis papeles intento recordar, en vano, el nombre del relato donde leí la historia de Ramón y de Emilio. En uno de esos papeles había copiado el nombre del libro donde aparecen algunos fragmentos de ese cuento. Ha pasado media hora y no encuentro mis papeles. Mañana regresaré. Quizás el viento me los devolverá.

¿De dónde viene el aire?, me pregunto, un tanto ensimismado, mientras camino de regreso a casa. Pienso en Emilio y en Ramón. Pienso en sus tumbas. Y en sus noches. Y en sus palabras. Y en todo lo que no escuché. Y en todo lo que escribí en el papel que el viento se llevó. No siempre el aire es invisible, había leído en el libro. En ocasiones lo invisible hace tangible la vida, había escrito en el papel que no encuentro. **U**



Cementerio de la Recoleta, Buenos Aires